

DOS FALSEDADES HISTÓRICAS EN TORNO A LA BATALLA DE LAS NAVAS DE TOLOSA

CARLOS VARA THORBECK
Universidad de Málaga

El objeto de esta comunicación es demostrar que, en torno a la conocida batalla, se han mantenido a lo largo de siglos importantes falsedades históricas en lo referente al grado de intervencionismo de dos de sus protagonistas, y que, por el contrario, se ha omitido el justo reconocimiento a los méritos indudables de D. Fernando García, Señor de Villamayor y Celada:

En primer lugar, es un importante error histórico mantener la atribución del triunfo de la tropas cristianas a Don Sancho, Rey de Navarra.

En segundo término y aunque menos conocido, tampoco puede mantenerse tras una rigurosa investigación histórica que el caballero Dalmau de Crexell fuese el organizador del ejército cristiano, y el artífice por consiguiente del triunfo final.

Por último creo que es justo reivindicar el papel protagonista que tuvo el caballero Don Fernando García, Señor de Villamayor y Celada, que aconsejó oportunamente al rey Alfonso VIII, y cuyas opiniones sí jugaron un importante papel en el triunfo de las tropas cristianas.

I. FALSO PROTAGONISMO DEL REY NAVARRO

La propaganda que en su día organizaron los historiadores navarros dió lugar a que Sancho el Fuerte haya sido considerado durante mucho tiempo como

el verdadero triunfador de la Batalla de las Navas de Tolosa. Esa mítica actuación del navarro se ha perpetuado en nuestra Bandera Nacional, puesto que en el actual escudo de Navarra figuran las cadenas que, supuestamente, rodeaban la tienda del califa, así como la famosa esmeralda que formaba parte del botín de la batalla.

Sin embargo, la realidad es que D. Sancho participó, con tan solo doscientos caballeros, y que por esta escasez de fuerzas sus haces tuvieron que ser reforzados por los concejos de Segovia, Ávila y Medina.

En realidad, en aquel momento, tanto Don Sancho como el rey de León consideraban más enemigo a Alfonso VIII que a Al Nasir, con el que tenían buenas relaciones. No puede extrañar, por consiguiente, que el navarro no fuese, en principio, un claro defensor de la Cruzada.

De hecho, el arzobispo de Narbona, Arnaldo, que había sido previamente Abad del Cister en Poblet, venía con sus gentes camino de Toledo, punto de encuentro de las tropas cristianas, cuando decidió desviarse hacia Navarra, con el fin de convencer a su rey de que tomara parte en la expedición. El arzobispo recibió una respuesta ambigua, pero a finales de junio Don Sancho decidió finalmente incorporarse al ejército cristiano, y comunicó esta decisión al rey de Castilla a principios de julio. Alfonso VIII lo anota claramente en su carta al Papa¹: «*Como el Rey de Aragón se detuviera en Calatrava esperando a unos caballeros suyos, y al Rey de Navarra que todavía no se nos había reunido...*».

Parece evidente que el rey castellano esperaba entonces que se les uniera el monarca navarro. Mas lo cierto es que Don Sancho se sumó definitivamente al ejército cristiano en Calatrava, acompañado tan sólo por 200 caballeros.

Sobre la exigua cantidad de navarros que participaron en la batalla se han establecido múltiples polémicas.

Cronistas posteriores, como Moret, afirman que llevaba el estandarte de Don Sancho su alférez mayor, Don Gómez de Aragoncillo, señor de los Arcos². También consideraba este autor como probada la asistencia de Don Iñigo de Zúñiga, caballero citado así mismo por Rades Andrade.³

¹ Alfonso VIII «Carta del Rey Alfonso VIII al Papa Inocencio dándole cuenta de la batalla». Tomado del Marqués de Mondejar, Apéndice XCIX.

² MORET J., ALENSON J: *Annales del Reyno de Navarra*, Biblioteca de la Gran Enciclopedia Vasca. Reproducción en facsímil. Bilbao, 1969, tomo III, pp.108-109.

³ RADES Y ANDRADE: *Historia de las tres Ordenes de Caballería: Santiago, Calatrava y Alcantara*, Toledo, 1572, Edición en facsímil. El Albir, Barcelona, 1980.

También según Moret, participaron los vecinos del burgo de San Saturnino de Pamplona, y los de los catorce pueblos del valle del Baztán.

Garibay⁴ cita a los siguientes caballeros: García Almoravid, que poseía el señorío de Funes y tenía, con honores del Rey, la villa de San Juan de Pie de Puerto, Pedro Martínez de Leet, gobernador de Tafalla en 1208 y de Uztaarroz en 1214, Pedro Garcés de Arróniz, en 1209 gobernador de Tafalla en sustitución de Pedro Martínez de Leet, Sancho Fernández de Monteagudo, citado también por el Padre Mariana y Yanguas, y Pedro Martínez de Subiza, (cuyo escudo heráldico ostenta orla de cadenas circunvalando cinco franjas de oro y cuatro azules, todas ellas horizontales). Argamasilla⁵ cita a Martín del Milagro, García Jiménez de Urraiz, García Garcés de Aoyz, que tenía ricohombría desde el comienzo del siglo XIII, Pedro Jiménez de Olleta, cuya casa es una de las doce primeras que aparecen en Navarra, frecuentemente honrada con ricohombría, y Don Jimeno de Ayvar que gobernó Sangüesa en 1198.

Altadill⁶ pretende en su discurso aumentar el número de caballeros navarros participantes en la batalla, haciendo con este fin elucubraciones basadas en los distintos distritos y poblaciones del reino.

Divide este autor a los teóricos acompañantes en dos grandes grupos. En el primero relaciona tan sólo a aquellos cuya presencia en la batalla considera más segura, y además de los ya citados añade a los siguientes: El Infante Don Juan, Pedro Garcés de Aragoncillo, Don Gil Garcés, Don García Ramírez, Don Pedro González de Marañón, Don Guillermo de Rada, Don Martín de Rada, Don Simón de Rada, Don Iñigo de Rada, Don Aznar de Rada, el señor de Lacarra, Don Rodrigo de Argaiz, Don Aznar de Oteiza, Don Jimeno de Góngora, Don Martín Martínez de Subiza, Don Ramón de Peralta, Don Sancho de Atondo, Don Diego Álvarez, Don Juan de Arellano, Don García de Óriz, Don Lope Garcés de Óriz, Don Iñigo de Óriz, Don Alonso Fernández de Guendulain, Don Rodrigo de Arazuri, Don Iñigo de Oteiza, Don Manuel de Cascante, Don Juan de Zúñiga, Don Juan López de Zúñiga, Don Diego López de Zúñiga, Don Pedro Jordán, Don García Jiménez de Óarriz, Don Fermín de Aguinaga, Don Martín Iñiguez, Don Jimeno Iñiguez, Don Diego Iñiguez, Don Pedro González de Medrano, Don Simón de

⁴ GARIBAY, Esteban: *Compendio Historial de las Chronicas y Universal de la Historia de todos los Reynos de España, donde se escriben las vidas de los Reyes de Navarra*. Amverpes, Lib XXVIII, pp. 193-211.

⁵ ARGAMASILLA: *Nobiliario y Armería de Navarra*, 1899, cuaderno I, p. 173.

⁶ ALTADILL, J: «El séquito del Rey Fuertes», *Boletín Comisión Monumentos de Navarra*. Navarra, 1912, III, pp. 121-167.

Almorabid, Don Nuño Sánchez, Don Miguel de Leray, Don Arnal de Leet, el Señor de Lezcano, Don Sancho de Anoz, Don Iñigo de Mendoza, Don Iñigo Gomazin, Conde Don García Dávalos, Conde Marcel Díez de la Piscina, Don Simón de Abalos, Don Rodrigo de Baztán, Don Juan Pérez de Baztán, Don Fermín Marcilla, Don Blasco de Artal, Don Guillermo de Mendoza, El Señor de Solchaga, Don Sancho Martínez de Monteagudo, Don Fortún Giménez, Don Sancho Fortúnez, Don Pedro Vélez de Guevara, Don Vélez de Guevara, Don Pedro Ladrón, Don Juan García de Vidaurre, Don Juan de Viduarre, Don Gil de Vidaurre, el vizconde de Tortax, Don Bibiano de Agramont, Don Gasto Vich Bearme, Don Guillermo Raimundo de Salut, Don Raimundo Guillermo de Mauleón, Don Pedro Arnal, Don Español de Domedau, Don Guillén de Roldovín y Don Martín de Hualde.

En un segundo grupo, Altadill cita como posibles acompañantes a 89 caballeros más. El autor se basa para incluirlos en esta lista, en que aparecen citados, en algún caso como testigos, en los distintos documentos generados durante el reinado de Sancho VII.

Indiscutiblemente, algunos de estos caballeros debieron participar en la batalla, pero no deja de ser curioso que el propio arzobispo Jiménez de Rada, de origen navarro, no citara a ninguno de ellos, sobre todo teniendo en cuenta que unos cuantos pertenecerían seguramente a la casa nobiliaria del propio Arzobispo.

Los escritores navarros han conseguido mantener la idea colectiva de que fue Navarra, con su rey a la cabeza, la verdadera artífice de la victoria de las Navas de Tolosa.

Prudencio Sandoval⁷ llegó a afirmar que todos los católicos reconocieron que gracias al Rey Don Sancho se había ganado la batalla. Tanto es así que todos querían tocarle, y si no, desde lejos le respetaban. No obstante, tanto el Príncipe de Viana como Luis del Campo son más ecuanimes.

El padre Moret, en defensa del Navarro y barajando unas frases de Jiménez de Rada, llega a afirmar que Sancho, por su pericia en la lucha contra los moros, dirigió la vanguardia y que, prácticamente, fue el estratega de la batalla.⁸

La disputa sobre quién fue el primero en entrar en el palenque quedará para siempre sin resolver. Los castellanos afirmaron que fue Alvar Nuñez, los aragoneses que Aznar Pardo, y los navarros que su rey Don Sancho.

⁷ SANDOVAL, Prudencio: *Catálogo de los Obispos que ha tenido la Santa Iglesia de Pamplona*, Pamplona, 1614, p. 91.

⁸ MORET J., ALENSON J: *Historia de Navarra*, tomo IV, cap V, ap IV, p. 168.

En realidad no es lógico pensar que las defensas cedieran tan sólo en un punto. La lucha fue siempre física, y sólo de una forma progresiva se sumarían los efectos conseguidos. Es muy probable que los primeros escuadrones que intentaron entrar en el palenque encontraran la muerte ensartados en el muro de lanzas de los imesebelem. Algunos autores llegaron a afirmar que el Rey de Navarra, no sólo fue el primero en tomar el palenque de los moros, sino que mató a Al Nasir y lo despojó de la esmeralda que portaba en su turbante (Sandoval⁹).

Por otra parte, no parece verosímil que Don Sancho tuviera a la sazón mayores conocimientos de táctica bélica musulmana que Alfonso VIII, que se había enfrentado en muchas ocasiones anteriores a los almohades, y lo mismo se puede afirmar del jefe de la vanguardia castellana, Don Diego López de Haro.

II. PAPEL DE DALMAU DE CREXELL EN LA BATALLA

Los autores catalano-aragoneses del siglo XVII, como Jerónimo Zurita,¹⁰ Beuter,¹¹ y Garibay,¹² basándose en Pedro Tomich, sostienen la relevancia en el transcurso de la Batalla de las Navas de Tolosa del caballero ampurdanés llamado Dalmau de Crexell. Presumen que fue un auténtico Jefe de Estado Mayor del bando cristiano, y lo consideran como la verdadera cabeza pensante del ordenamiento táctico de la batalla: *«que auiedo gran diversidad entre los Reyes sobre el ordenar la batalla porque cada uno quería señalarse y aventajarse en aquella jornada fué entre ellos acordado de estar á lo que ordenasse un Cauallero del Ampurdán llamado D. Dalmau de Crexell, que afirma este autor (se refiere a Tomich) que era el más sabio y experimentado que ningún otro cauallero que en España huviere»*. (Zurita)

⁹ SANDOVAL, Prudencio: *Catalogo de los Obispos que ha tenido la Santa Iglesia de Pamplona*, Pamplona, 1614, p. 89.

¹⁰ ZURITA, Jerónimo: *Los cinco libros primeros de la primera parte de los Anales de la Corona de Aragón*, Libro II, folio 97, vuelta.

¹¹ BEUTER. *Libro Segundo de la Crónica de España*, Valencia, 1604, Imprenta Pedro Patricio Mep., pp. 103-111

¹² GARIBAY ZAMALLOA, Esteban: *Los cuarenta libros del Compendio historial de las Chronicas y Uniuersal Historia de todos los Reinos de España*, Barcelona, 1628, 4 vol.

García Conde¹³ analizaba ya en 1912 las razones por las que no consideraba cierta tal afirmación. Constata que ninguna crónica contemporánea de la batalla habla de este personaje. Jiménez de Rada, al relacionar a los principales caballeros que acompañaron al Rey de Aragón, no se refiere a ninguno llamado Dalmau de Crexell. Sería éste un dato, cuando menos, extraño, en el caso de que este caballero hubiese tenido una participación de tal relieve. Para el Arzobispo, García Romero, Aznar Pardo, y Jimeno Coronel fueron los capitanes más sobresalientes de Aragón y junto a ellos cita también a Miguel de Lusia, Guillén de Cardona, Remón Falcón, conde de Ampurias, Guillén de Cervera y los obispos de Barcelona y Tarazona. Fue precisamente García Romero el que, junto con Don Diego López de Haro, siguió las indicaciones del pastor para llegar a la Mesa del Rey.

También a principios del siglo xx, Miret y Sans¹⁴, tras estudiar toda la documentación de las Cortes aragonesas durante el reinado de Pedro II, encuentran que el último documento en el que firma como testigo Dalmau de Crexell, datado en Barcelona, tiene fecha de 11 de marzo de 1211. A partir de entonces, no vuelve a figurar este nombre en ningún documento real. Por ejemplo, el 16 de junio de 1212, tan sólo un mes antes de la batalla, y estando ya el Rey de Aragón en Toledo, se redactaron dos documentos en los que no figura Dalmau de Crexell.

Por último, podemos añadir que tampoco después de la victoria de las Navas aparece Dalmau de Crexell en ningún documento real, hecho que resultaría paradójico si realmente hubiera tenido un papel tan relevante en el transcurso de la batalla. El último documento firmado por el Rey de Aragón está fechado el 25 de agosto de 1213. El monarca aragonés murió el 13 de septiembre del mismo año, en Muret.

Sabemos por Jaime I que Dalmau de Crexell estuvo en Muret, mas sospechamos que debió ser uno de aquellos que, en palabras del propio Conquistador, «*volvieron las espadas y abandonaron al Rey en la refriega*».¹⁵

En la actual población jiennense de La Carolina, concretamente en el Hotel La Perdiz, se puede leer una placa conmemorativa en la que se recuerda a Dalmau

¹³ GARCÍA CONDE, B: «Estudio crítico-histórico sobre Dalmacio de Crexell», Madrid, 1912, *Memorial de Infantería*, vol. I, pp. 521- 527.

¹⁴ MIRET Y SANS, P: «Itinerario del Rey Pedro I de Cataluña y II de Aragón», Barcelona, 1905-06, *Boletín de la Real Academia de las Buenas Letras*, pp.15-114.

¹⁵ FLOTATS, M., BOFARRULL, A: *Historia del Rey de Aragón D. Jaime I el Conquistador escrita en lemosi por el mismo monarca*. Valencia, 1848, Cap. VIII, p.21. reimpresión por CoA Colegio de Aparejadores, 1978.

de Crexell, y se afirma que murió en dicho lugar después de la victoria de las Navas de Tolosa. Es muy posible que se base esta afirmación en la Crónica de Gonzalo Argote de Molina, según la cual nuestro hombre fue sepultado en Toledo.¹⁶ Pero hoy podemos asegurar con certeza que el dato es totalmente erróneo, puesto que el caballero en cuestión sobrevivió a la batalla de Muret, y sabemos que asistió en Narbona, en 1214, al acto de sumisión a la Iglesia de los Condes de Foix y Comenge. En 1218 le volvemos a encontrar en Tolulose, con motivo de la ceremonia de recepción del Conde Ramón V en la Orden de Jerusalén.

Hermanos de Dalmau fueron Guillén de Crexell y Arnau de Crexell, obispo de Gerona. A su muerte, el caballero Dalmau de Crexell fue enterrado en el cementerio de los Hospitalarios, en el Ampurdan, pero poco después, concretamente en 1226, un decreto del nuevo obispo de Gerona ordenaba desenterrar el cadáver, con el fútil y miserable pretexto de que había muerto excomulgado. Pero el motivo de tal excomunión no había sido la herejía, ni tampoco el haber luchado en Muret contra los Cruzados, sino simplemente su actuación, como auxiliar del Conde de Ampurias, en mezquinas cuestiones de intereses materiales que habían enfrentado al Conde con el Prelado.

Pues bien, volviendo a nuestra batalla, deberíamos convenir que no parece lógico que el caballero que retratan los datos expuestos fuera el «*más sabio y experimentado*» del ejército cristiano. Hay que tener en cuenta que tanto el Rey Alfonso VIII como su adalid, Don Diego López de Haro, eran expertos conocedores de las tácticas del enemigo, habían ganado Cuenca, habían sufrido la derrota de Alarcos, y habían mantenido constantes cabalgadas contra los musulmanes.

Consideramos que se puede afirmar con rotundidad que tanto el peso de la organización como el de la dirección y ejecución de la propia batalla, recayeron fundamentalmente en Alfonso VIII y su ejército.

III. DON FERNANDO GARCÍA DE VILLAMAYOR

En realidad, si analizamos con detalle la crónica del Arzobispo Don Rodrigo, el personaje al que se puede atribuir en un elevado porcentaje el triunfo de los cristianos en esta batalla es a Don Fernando García.

Dice el Arzobispo al referirse a este personaje: «*hombre de valor y avezado en la guerra, estuvo al rey, aconsejándole que marchara a prestar socorro, controlando la situación*».¹⁷

¹⁶ ARGOTE DE MOLINA, G: *Nobleza de Andalucía*. Jaén, 1957, cap.XLI, p. 84.

¹⁷ JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo: *Historia de los Hechos de España*, Madrid, 1989, Alianza Editorial, Lib. VIII, cap X. p. 246.

Si recordamos las crónicas de la batalla, hay un primer momento, cuando llegan las fuerzas cristianas al pie del Cerro de los Olivares, en que se enfrentan a graves dificultades. Lo refiere así el Arzobispo de Narbona:

«Suenan con estrépito los instrumentos de los moros que los españoles llaman tambores, detienen el paso los sarracenos, y no sólo resisten a los nuestros, sino que les atacan con tal vigor, que los serranos, cierta gente del reino de Castilla, vuelven la espalda, lo mismo jinetes que peones, de modo que casi todo el ejército que estaba antes del último haz, excepto algunos nobles españoles y ultramontanos, parece huir»¹⁸.

La Crónica Latina¹⁹, por su parte, describe como sigue esta fase de la batalla:

«Se atacan, se lucha por doquier, cuerpo a cuerpo, con lanzas, espadas y mazas, y no hay lugar para los saeteros. Insisten los cristianos, resisten los moros, se produce el fragor y ruido de armas. Se mantiene la lucha, ni unos ni otros son vencidos, aunque en alguna ocasión unos caigan sobre los enemigos y en otras sean repelidos por ellos. En alguna ocasión se llega a gritar por algunos cristianos heridos que los cristianos habían sucumbido».

La segunda línea, constituida por las Órdenes Militares y los barones, mandados por el Señor de Cameros, procuró evitar la ruptura del frente. Hubo en esta fase un elevado número de bajas, sobre todo entre las Órdenes de Caballería, que salieron maltrechas del envite. La caballería almohade, y posiblemente también la andaluza, salió en persecución de las tropas que retrocedían. En similar situación se encontraron los tres cuerpos de ejército cristiano.

«El noble Alfonso, al darse cuenta de ello y al observar que algunos con villana cobardía, no atendían a la conveniencia, dijo delante de todos al arzobispo de Toledo: ¡Arzobispo, muramos aquí yo y vos! Aquel respondió ¡De ningún modo; antes bien, aquí os impondréis a los enemigos! A su vez, el rey, sin decaer su ánimo dijo ¡Corramos a socorrer las primeras líneas que están en peligro! Entonces Gonzalo Ruiz y sus hermanos avanzaron hasta éstos; pero Fernando García, hombre de valor y avezado en la guerra, retuvo al rey, aconsejándole que marchara a prestar socorro, controlando la situación».²⁰

Parece que fue precisamente en este momento cuando los almohades cometieron un grave error táctico: rompieron su formación con el fin de dar alcance al

¹⁸ «Carta de Arnaldo Amalarico, Arzobispo de Narbona». Citado por Mondéjar. Apéndice CIII. También en HUICI DE MIRANDA, A.: «Campana de las Navas de Tolosa», *Anales del Instituto General y Técnico de Valencia*, Valencia, 1916, p.173.

¹⁹ *Crónica latina de los Reyes de Castilla*. Cádiz, 1984, Edición L. Charlo Brea, p.33.

²⁰ JIMÉNEZ DE RADA, Rodrigo: *Historia de los Hechos de España*, Madrid, 1989, Alianza Editorial, pp. 331-332.

enemigo en fuga, sin tener en cuenta que todavía quedaba la reserva de la zaga, al mando de los Reyes cristianos. Posiblemente Fernando García frenó al Rey con la intención de que la caballería musulmana se dispersase todavía más. Recordamos al respecto el sabio principio de táctica militar que dice: *«Tanto la dosificación de la fuerza como su aplicación oportuna puede transformar al inicialmente derrotado en vencedor»*.

El hecho cierto es que, a partir de este momento, quedaron rotos tanto el frente almohade como su zaga. Según Ibn Abi Zar: *«buyeron los cáides andaluces con sus tropas, por el odio que había en sus corazones contra Al Nasir, a causa de la muerte de Ibn Qadis y de las amenazas que les había dirigido Ibn Djami»*.²¹

Y fue precisamente Don Fernando García quien aconsejó al Rey retrasar la entrada en batalla de la retaguardia cristiana, que, como sabemos era el núcleo más fuerte del ejército. Y este retraso, a nuestro juicio, jugó un papel definitivo. Los musulmanes, viendo que cedía el centro del ejército cristiano, y que incluso cundía el pánico en su seno, abrieron sus propias filas, permitiendo así la salida de la caballería almohade. Los jinetes y sus cabalgaduras, como era habitual, se desperdigaron por el campo de batalla después de la primera carga. Es en ese preciso momento, y no antes, cuando, desorganizadas ya las defensas del enemigo, debía atacar, y atacó, la retaguardia cristiana.

También había sido precisamente esta estrategia la que dio el triunfo a los musulmanes diecisiete años atrás en Alarcos, cuando el Califa reinante era el padre de Al Nasir. En aquella ocasión, Alfonso VIII había tomado una decisión desafortunada. Suponiendo que todas las tropas estaban en el campo de batalla, bajó con su reserva de caballería desde el castillo de Alarcos, sin darse cuenta de que el Califa había reservado detrás de unas lomas su retaguardia, que fue, en definitiva, la que le dio el triunfo.

En el caso de las Navas de Tolosa, el Rey esperó el momento oportuno para actuar, posiblemente gracias a las advertencias de Fernando García y del propio Arzobispo: *«Entonces, el Rey dijo de nuevo ¡Arzobispo muramos aquí. Pues no es deshonra una muerte en tales circunstancias! Y aquél le dijo: ¡Si es voluntad de Dios, nos aguarda la corona de la victoria, y no la muerte; pero si la voluntad de Dios no fuera así, todos estamos dispuestos a morir junto a Vos!»*.

Mas, ¿quién era este caballero que incluso se atrevió, en palabras del propio Arzobispo, a frenar el caballo del rey? Sin duda alguna, debía ser un hombre considerado y estimado por el propio Alfonso VIII.

²¹ IBN ABI ZAR *Rand al qirtas*. Valencia, 1964, Traducción Huici de Miranda, II espec. p 465.

A tenor de los actuales conocimientos creemos poder establecer con seguridad el árbol genealógico de este caballero, que proviene por línea paterna de la famosa casa de Aza.

El primer miembro reconocido de esta casa fue Ordoño García, padre del famoso conde Garcí Ordoñez, al que el rey Alfonso VI dio el condado de Nájera y nombró ayo de su único hijo varón, el infante Don Sancho. Tanto el Infante como su ayo perdieron la vida en 1109, en la batalla de Uclés.

El hijo primogénito del conde García fue García García de Aza, alférez de Alfonso VII el Emperador en los años 1126 y 1127. Asistió a la conquista de Coria²² y era habitual su presencia en el séquito del Rey.

A la muerte del Emperador, García García de Aza siguió gozando de la confianza de Sancho III²³. Se casó con Sancha Pérez, y con ella tuvo nueve hijos. El primogénito y continuador de su linaje, Gómez García, Señor de Roa, se convertiría precisamente en el ayo de Alfonso VIII y algunos años después en su alférez.

El segundo hijo de Don García y Doña Sancha, Pedro García, Señor de Lerma, consta que fue mayordomo de Alfonso VIII hacia el año 1172.

El tercero, Ordoño García, gozó, como sus hermanos, de la máxima confianza del rey Alfonso VIII. Tanto él como sus hermanos Gonzalo García y García García fueron los representantes del Rey en el juicio al que se sometieron los reyes de Castilla y Navarra ante el rey Enrique II de Inglaterra, como confirma Roger Hoveden en los *Anales de Inglaterra*. Se casó Don Ordoño García con Doña María García de Villamayor, hija de Diego Martínez de Villamayor y de María Ponce de Minerva, y nieta por lo tanto del conde Ponce de Minerva. Según Pellicer²⁴, en el año 1190 heredó Doña Mará García de Villamayor los estados de su familia, tras la muerte de sus tíos en la batalla de Alarcos.

Don Diego Martínez de Villamayor, según Sandoval, J. Sobreira y V. Cardera, había sido mayordomo de Alfonso VII el Emperador. Sin embargo, en opinión de Fernández²⁵, no puede asegurarse con certeza que regentara tal cargo. En cualquier

²² Peter RASSOW URKUNDE. p. 364

²³ G. GONZÁLEZ: *El Reino de Castilla en la época de Alfonso VIII*, C.S.I.C. Madrid, 1960, tomo I, p.294

²⁴ PELLICER Y OSSUN, J: *Informe del origen, antigüedad, calidad y sucesión de la excelentísima casa de Sarmiento de Villamayor*. Madrid, 1663, p. 42.

²⁵ FERNÁNDEZ, LUIS: *La Abadía de Santa María de Benevivere durante la Edad Media, su historia, su regla*. Universidad de Comillas, 1962, p. 21.

caso, sirvió sin duda en los mayores y más honrosos puestos, tanto a Alfonso VII como a Sancho III el Deseado y a Alfonso VIII.

Nos parece oportuno citar aquí, con relación a Don Diego, un poema de la abadía de Benevivère, que se compuso entre 1176 y 1204, y del que nos permitimos reproducir una estrofa:

«El nombre de Didaco que fue tan del grado del padre, lo sigue siendo del hijo, Sancho. Consulta sus dudas a Diego y ejecuta lo aconsejado.

Temió no ser hijo digno de tal padre. Pues quien había sido grato al hijo delante del padre, procura serlo más y más».

De estos versos puede deducirse que Diego Martínez fue consejero y hombre de confianza de Alfonso VII y de Sancho III. Su influencia se incrementó durante el reinado de Alfonso VIII, como queda reflejado en el verso 81 del mismo poema:

*«Diego se junta a él y le ama con amor constante; presta consejo del que el rey se aprovecha».*²⁶

D. Diego se retiró de las actividades públicas hacia 1165. Desde entonces llevó una vida aislada, residiendo con otros compañeros en régimen monástico, durante un tiempo indeterminado, en San Andrés de Valveni, hasta la fundación de la gran abadía de Benevivere, cerca de Carrión.

Retomando a los hermanos García, llegamos a la figura de Don Gonzalo García, que sucedió en el cargo de alférez a su hermano mayor, Gómez²⁷. Por su parte, García García, el hermano menor, se casó con Doña Leonor Fortúñez, hija de Fortún López, el poblador de Soria, y nieta de Don Pedro Núñez de Fuente Almegil, que había sido precisamente el libertador de Alfonso VIII en Soria.

Don García y Doña Leonor tuvieron un hijo, llamado Rodrigo Garcés de Aza, que llegó a ser Maestre de Calatrava por renuncia de Rui Díaz de Yanguas, malherido en la batalla de las Navas de Tolosa.

Este Rodrigo Garcés de Aza, primo de nuestro protagonista, fue el encargado de la toma de Vilches en los días posteriores a la batalla. En su escudo figuraba la Cruz de Calatrava roja en campo de oro, orlada por diez aspas rojas en campo

²⁶ FERNÁNDEZ, LUIS: «Un poema Latino Medieval». *Humanidades*, vol XIII, nº 30, pp. 275-322.

²⁷ LADERO QUESADA: *Historia de España de Menéndez Pidal*. Ed. Espasa Calpe, Tomo IX, p. 474.

de plata y enmarcada por un perfil negro. Sobre esta orla, otra más alta con diez calderas negras en campo de oro²⁸.

La numerosa progenie de la familia García se completó con cuatro hijas, hermanas de los personajes anteriormente relacionados: Mayor García, Sancha García, María García y Juana García.²⁹

María García se casó con Gonzalo Marañón, el último mayordomo de Alfonso VII el Emperador, fundador del monasterio de Bujedo, y alférez real desde 1171 a 1178.

La última de las hermanas, Doña Juana García de Aza, casada con Don Félix Guzmán, ha pasado a la Historia como madre de Santo Domingo de Guzmán, pero Martínez Diez no está de acuerdo con este parentesco.³⁰

Volvemos ahora al tercero de los hermanos García, Don Ordoño, casado, como ya comentamos más arriba, con Doña María García de Villamayor. De este matrimonio nacieron dos hijos varones: Gonzalo Ordoñez, (que, como confirma Rades, fue maestre de la Orden de Santiago en los años 1203 y 1204³¹), y García Ordoñez, padre de Don Fernando, señor de Villamayor y Celada.

García Ordoñez, el padre de nuestro protagonista, firmaba documentos reales en el año 1170, cuando se juró la concordia establecida entre el Rey de Castilla y su primo, Alfonso II de Aragón.

Su hijo, *Don Fernando García, señor de Villamayor y Celada*, nació, según Pellicer³², en 1174, aunque Luis Fernández cree que fue en 1175.³³ Su nombre aparece en las crónicas como mayordomo del rey de León desde el 20 de diciembre del año 1194 hasta el 27 de agosto del año siguiente.

Es necesario recordar que el 20 de abril de 1194 se firmó el tratado de Tordehumos, por el que se había logrado la paz y la concordia entre los reinos de León y de Castilla. Pero el día 18 de julio del año siguiente, Don Alfonso VIII

²⁸ ARGOTE DE MOLINA: *Nobleza de Andalucía*, Jaén, 1957, p. 316.

²⁹ SALAZAR CASTRO, Luis: *Genealogía de la Casa de Lara*, Lib II-I, p. 321

³⁰ MARTÍNEZ DIEZ, G: «Santo Domingo de Caleruega en su contexto socio-político, 1170-1221». *Jornadas de Estudios Medievales*. Caleruega, 1992-1993. Monumenta Histórica Ibero-Americana de la Orden de Predicadores. Vol. V, p. 175

³¹ RADES: *Historia de la Orden de Santiago*

³² Id., p.4

³³ FERNÁNDEZ, Luis: *La Abadía de Santa María de Benevivere durante la Edad Media, su historia, su regla*. Comillas, 1962, p.18.

sufre la terrible derrota de Alarcos, y a su vuelta a Toledo se encuentra en la ciudad al rey de León, que no había llegado a tiempo para intervenir en el combate. El leonés reclamó al castellano la devolución de algunos castillos, y ante la negativa de Alfonso VIII, estalló de nuevo esa irreprimible hostilidad que parecía separar a los dos primos.³⁴

Don Fernando vuelve a ser mayordomo el 13 de julio de 1197, y se mantiene en el cargo hasta el 6 de Enero del año 1200.

En el año 1198, nuestro protagonista es teniente de la dote de Doña Berenguela en León, junto a otros once caballeros de la confianza de Alfonso VIII. En esta fecha era mayordomo de Doña Berenguela Don Pedro Fernández Benavides.³⁵

En marzo de este mismo año, ambos mayordomos acompañaron a los recién casados en su visita a Compostela.³⁶

Después de una breve etapa de nueve meses, durante los que deja de figurar en el cargo, vuelve a ser mayordomo desde el 30 de noviembre de 1200 hasta el 18 de diciembre de 1202³⁷. Durante este periodo nace el futuro Fernando III, y en 1204 tiene lugar la disolución del matrimonio de Doña Berenguela con Alfonso IX de León.

En 1209 encontramos a Don Fernando, junto a otros nobles, jurando por Castilla la amistad vitalicia de ambos reyes, Alfonso VIII de Castilla y Alfonso IX de León, y treguas por cincuenta años entre ambos reinos.³⁸

Las etapas en las que Don Fernando ostentó la mayordomía del reino de León coinciden precisamente con los periodos en los que existía una relación más amistosa entre los dos monarcas.

Se casó Don Fernando con Doña Sancha Rodríguez, descendiente de la familia de los Salvadores, y tuvo un hijo, Garcí Fernández, que fue mayordomo de la reina Doña Leonor desde 1211. En 1214, como consecuencia de la muerte de la reina madre, Garcí Fernández pasó a ser mayordomo de Doña Berenguela.

En el año 1223, dos grandes familias castellanas, los Girón y los Meneses, vendían por un precio simbólico (concretamente unos guantes) el monasterio de San

³⁴ MARTÍNEZ DIEZ, G: *Alfonso VIII, rey de Castilla y Toledo*. Ed. Trea., 1995, p. 68.

³⁵ GONZÁLEZ, J: *Alfonso IX*. Instituto Jerónimo Zurita. C.S.I.C. Madrid, 1994. p. 94

³⁶ Id., p. 99-100

³⁷ Id. p. 323

³⁸ Id., p. 131

Vicente de Villamayor de los Montes, ubicado en la actual provincia de Burgos³⁹, a Don García Fernández y a su segunda esposa, Doña María Arias.

Como afirma Martínez Diez⁴⁰, la operación fue más una cesión que una venta, y se materializó con el fin de colaborar en el proyecto de Don García, que pretendía fundar un monasterio de monjas cistercienses:

«...et de precio et de robra somos pagados con estos lues (guantes) que nos dades, et por esto somos pagados de uso et otorgamos nos aquel monasterio de Villamayor con todas las cosas que nombradas son o podrían seer, que lo ayades por iuro de heredad por siempre».⁴¹

Encontramos más tarde a Don García ostentando el cargo de ayo de Alfonso X, y en 1232, cuando Alfonso dejó de ser niño, pasó a convertirse en mayordomo de su padre, Fernando III.

En 1266, Fernando III le donó el pueblo de la Higuera, hoy ayuntamiento de Villar del Pozo, aldea que encontramos al ocuparnos del itinerario seguido por las tropas cristianas que participaron en la batalla de las Navas de Tolosa.

Don García acompañaba todavía a su rey en la toma de Córdoba, en 1235, pero, debido a su avanzada edad, dejó de ostentar el cargo de mayordomo de Fernando III en 1238. En 1242 hizo su testamento en Villaldemiro, localidad en la que murió en el mes de octubre del mismo año. Fue enterrado en su monasterio de Villamayor, y allí reposa todavía hoy, en un sarcófago nuevo que estuvo ubicado hasta hace dos años en el centro del coro. Actualmente se han trasladado sus restos al ábside de la iglesia.

Doña María Arias, su esposa, ayudó con sus mesnadas al rey en la toma de Sevilla, por lo que recibió una posesión en la ciudad hispalense, a la que puso el nombre de Celada, en recuerdo del pueblo burgalés.

Alfonso X, siendo ya rey, donó a su antigua aya el Señorío de Cevico de la Torre, en tierras de Cerrato, cerca de Dueñas, en la actual provincia de Palencia. Tampoco se olvidó el rey de su amigo de la infancia, Juan García, hijo de Don García y de Doña Mayor, y lo convirtió en su mayordomo y ministro de Hacienda desde 1252 hasta 1259. En esta última fecha fue nombrado almirante mayor de

³⁹ VARA THORBECK, C: «El papel del Cister en las Navas de Tolosa, y la participación de Don Fernando García, padre del Fundador del Monasterio de Villamayor». *Jornadas Culturales del Monasterio de Villamayor*. Burgos, 1998. pp. 53-58

⁴⁰ MARTÍNEZ DIEZ, G., GONZÁLEZ SÁNCHEZ, V: *Colección diplomática del Monasterio Cisterciense de Villamayor de los Montes*. Burgos, 2000

⁴¹ Documento 21 de la Colección diplomática del Monasterio de Villamayor Ob. C.

Castilla. Su hermano, Alfonso García, a quien sacó de la pila bautismal y puso su nombre Alfonso X, cuando todavía era príncipe, fue adelantado de Murcia desde 1258, y a partir de 1260 simultaneó este cargo con su equivalente en Andalucía, hasta 1271.

CONCLUSIÓN

A modo de resumen, podemos afirmar que Don Fernando García de Villamayor y Celada fue sin duda un rico-hombre, y que procedía de una gran familia, cuyos miembros fueron de la absoluta confianza de los reyes Alfonso VI, Alfonso VII, Sancho III y Alfonso VIII. No puede extrañar, por tanto, que en un momento decisivo de la batalla de las Navas de Tolosa se atreviera a dar su opinión al propio rey.

A nuestro juicio, su papel fue decisivo a la hora de tomar decisiones en el transcurso de la batalla, y consideramos que, con toda justicia, se le podría catalogar en el lenguaje actual como verdadero jefe de Estado Mayor del ejército cristiano.

Su familia no le fue a la zaga. Tanto su primo, nombrado Maestre de Calatrava, como su hermano, Maestre que fue de Santiago, destacaron en la lucha por la Reconquista del territorio peninsular.

Su hijo y sus nietos siguieron gozando del favor real y regentando puestos de absoluta confianza, tanto de la reina Doña Berenguela primero, como de su hijo Fernando III y de su nieto Alfonso X después.

